

## CAPÍTULO XXVIII

Asalto general.—Derrota de los españoles.—Angustiosa situación de Cortés.—Muere Cristóbal de Olea por salvarle.—Caen prisioneros muchos españoles y son sacrificados.—Se envían sus cabezas por los pueblos y provincias.—Abandonan el campo la mayor parte de las tropas aliadas.—Constancia de Hernán Cortés y sus soldados.

Brilló la luz del día señalado para el asalto. Las tropas españolas, siguiendo la costumbre cristiana de no emprender una obra sin implorar el favor del cielo, asistieron al santo sacrificio de la misa con fervorosa devoción. Terminada la augusta ceremonia, las dos divisiones avanzaron, á la hora convenida, por sus respectivas calzadas sobre la ciudad. Hernán Cortés, con veinticinco ginetes, toda su infantería y más de ochenta mil aliados, salió de su campamento de Xoloc, dejando en él una corta guarnición. A uno y otro lado de la calzada, formando las alas del ejército, marchaba la escuadra, surcando las ondas del lago, compuesta de siete bergantines y de más de tres mil ca-

noas auxiliares, cubiertas de guerreros. Sin encontrar oposicion ninguna á su paso, avanzó por la calle de Izta-palapan, llegó á la plaza de los palacios de Moctezuma, convertidos en ceniza por el incendio, y tomó á la izquierda, penetrando en la calle de Tacuba, donde tenia cegados varios puentes de que se habia hecho dueño los dias anteriores. Aquí dividió su ejército en tres columnas que avanzasen en igual número de calles paralelas que iban á parar á la plaza de Tlatelolco. Estas calles eran las llamadas hoy del Factor, en que estaba el palacio de Guatemotzin, la de Manrique; y otra mas estrecha que, al formarse la ciudad actual, desapareció con los edificios fabricados en ella. El mando de una de las columnas dió Cortés al tesorero Julian de Alderete, que habia sido uno de los mas empeñados en que se diese el ataque. Se componia su fuerza de setenta infantes españoles, quince mil indios aliados, y ocho ginetes que marchaban en la retaguardia. La otra la puso bajo las ordenes de Andrés de Tapia, joven de veinticuatro años, capitán esforzado y valiente, y de Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, dotado de la intrepidez que distinguia á toda la familia. Llevaban ochenta españoles y diez mil aliados. Hernan Cortés escogió para sí, la calle mas estrecha, y por lo mismo, la mas peligrosa. Tenia bajo su mando cien infantes españoles, ocho ginetes y sesenta y cinco mil guerreros auxiliares. Para conservar defendida la espalda, dejó de reserva, á la entrada de la ancha calle de Tacuba, algunos artilleros con dos cañones y ocho soldados de caballeria.

Dispuesto el orden con que habian de marchar, las tres columnas avanzaron paralelamente por sus calles respec-

tivas. Hernan Cortés á pié, empuñando la espada y em-brazando la rodela, iba á la cabeza de sus soldados, atacó denodadamente á los mejicanos, que le esperaban tras una formidable trinchera situada al otro lado de un puente que tenian roto. Despues de un reñido combate, los españoles forzaron el paso, retirándose los sitiados á otra cortadura que tambien les fué tomada. Las tropas aliadas, cayendo como un torrente sobre las casas y apoderándose de las azoteas, descargaban una tempestad de flechas y de piedras sobre los aztecas, que se hallaban en las inmediatas, obligándoles á retirarse y persiguiéndoles por la calle adelante con furia espantosa. La victoria parecia segura. Los escuadrones auxiliares, invadiéndolo todo y contando con el apoyo de una fuerza española que iba á la vanguardia, pasaban las cortaduras y seguian el avance dando horren-dos alaridos de triunfo. Hernan Cortés, cauto y previsor, marchaba con veinte españoles en la retaguardia, para evitar que los contrarios llegasen por las calles transversales, cortando la retirada á los que iban por delante.

Viendo la facilidad con que las tropas ganaban los puen-tes, las casas y las trincheras, receló que la retirada de los mejicanos, mas que nacida del terror, fuese obra de estrategia. Deteniéndose, por lo mismo, con sus veinte hombres en una isleta que se formaba en la parte de la calle donde habian llegado, envió á decir á los de la van-guardia, que casi se habian ya perdido de vista, que no avanzasen un solo paso sin dejar cegados antes los fosos y nivelado el piso. Engolosinadas las tropas con el triunfo, y viendo que solo les separaba un corto espacio de la gran plaza del Tlatelolco, punto objetivo de la jornada, se afa-

naban por llegar pronto, sin cuidarse de tomar las precauciones recomendadas por el general. Cada una de las tres columnas que marchaban por las tres calles paralelas queria alcanzar la gloria de ser la primera en colocar sobre las elevadas torres del gran *teocalli* de Tlatelolco, la bandera de Castilla. Era un noble estímulo, pero que si no iba acompañado de la prudencia, podia producir resultados funestos.

El tesorero Julian de Alderete, aunque afanoso por distinguirse en la toma del cuartel general enemigo, pues era, como se ha dicho, el que con mas calor abogó por la idea, contenia su natural ímpetu en medio de los triunfos que por su calle alcanzaba, cegando los puentes á medida que avanzaba, cumpliendo fielmente con las instrucciones dictadas por Cortés. Igual cosa observaban los valientes capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, por mas que les costase detenerse en cada punto que ganaban, dejando sin perseguir al enemigo.

Menos reflexivos los fogosos oficiales que marchaban á la vanguardia de la columna mandada por el caudillo español, continuaban avanzando sin recelo, no queriendo perder ni un solo instante en la persecucion de sus contrarios. Ufanos de la victoria que iban alcanzando, enviaron á decir á Hernan Cortés, que llevaban ganada la mayor parte de la calle: que encontrándose á corta distancia del mercado, iban á continuar avanzando hasta apoderarse de él. El general volvió á decirles que no diesen un paso mas sin dejar cubiertas de tierra las cortaduras, pues se encontraba en ellas el peligro y la muerte.

Aunque la contestacion fué satisfactoria, pues asegura-

ron que todos los pasos quedaron nivelados, Hernan Cortés receló que algo hubiesen descuidado, y se adelantó para reconocer por sí mismo los fosos. Pronto vió que no se equivocaba en sus sospechas. Halagados con la aparente victoria, habian dejado sin cegar una zanja de mas de treinta piés de ancho, donde el agua tenia cuatro varas de profundidad, creyendo que bastaban á dejar seguro el paso algunos maderos y cañas que habian arrojado en ella.

El caudillo español trató inmediatamente de salvar el descuido de sus oficiales, poniéndose á trabajar, con los que le acompañaban, en cegar el foso; pero apenas habia emprendido la difícil tarea, cuando se escuchó el imponente sonido de la corneta del dios Painalton, númen de la guerra y vicario del sanguinario Huitzilopochtli. Era la deidad á quien se invocaba en un asalto inesperado del enemigo y en los casos repentinos de hostilidad. El gran sacerdote, colocado sobre el átrio superior del templo, tocaba en los momentos supremos de lucha, el bélico instrumento, á la vez que otros ministros de la terrible deidad recorrian las calles llevando en la mano una imagen del dios, llamándole á gritos y ofreciéndole sacrificios. A esa terrible señal, todos los que empuñaban las armas estaban obligados á correr al combate, despreciando el peligro por inminente que fuese. Cuando los aztecas, que estratégicamente habian ido abandonando los fosos, escucharon el toque de la tremenda trompeta, se volvieron sobre sus contrarios, y arrojándose en medio de ellos con furia indescriptible, los arrastraron en su marcha, como arrastra el desbordado torrente cuanto se opone á su paso. En vano los españoles hacian esfuerzos para conservar la union en

su retirada. Los mejicanos, metiéndose por entre sus espadas, los atropellaban con la fuerza de la multitud, sin dejarles afirmar el pié en ninguna parte. Pronto se introdujo la confusión y el desorden en las filas castellanas. Viendo que la resistencia era imposible, emprendieron la retirada sin oponer resistencia, procurando cada soldado poner en salvo su vida. Las tropas aliadas, cubriendo la calle con su número infinito y huyendo en confuso tropel, se estorbaban el paso, sufriendo terribles estragos de las descargas de flechas y piedras que sobre ellas arrojaban los victoriosos aztecas. Españoles y aliados corrían juntos hacia el punto de donde habían salido, atropellándose mutuamente.

Hernán Cortés, al verlos llegar en completo desorden, les gritaba desde la orilla opuesta que hiciesen alto; pero su voz se perdía entre el ruido de las armas, el sonido de los caracoles marinos y los aullidos de guerra lanzados por los vencedores. La muerte era segura deteniéndose. Todos, por lo mismo, se arrojaron al foso unos sobre otros, quedando ahogados los de abajo, y nadando los de arriba entre los cadáveres de sus compañeros. La zanja se veía cubierta de indios y españoles, heridos la mayor parte, y cuya sangre enrojecía el agua del profundo foso.

El caudillo español, viendo á sus compatriotas en aquel terrible conflicto, se propuso salvarles ó perecer allí con ellos (1).

Tendiéndose en el suelo y poniéndose á la orilla de la zanja, tendía la mano á los que se ahogaban, ayudándoles

(1) «E como el negocio fué tan de súbito, y ví que mataban la gente, determiné me quedar allí y morir peleando.»—Tercera carta de Cortés.

á salir del agua, despreciando la lluvia de flechas que sobre él y los compañeros que le ayudaban en igual obra, arrojaban de la opuesta orilla los contrarios. La mayor parte de los soldados salían del foso heridos; varios sin armas, y algunos casi desfallecidos por la sangre que habían perdido y los esfuerzos hechos para no ahogarse. Hernán Cortés, sin quererles detener en el sitio del peligro, les enviaba hácia el campamento, á medida que les sacaba, quedando él con una fuerza de veinte hombres, defendiendo el paso para proteger á los fugitivos.

En aquellos momentos se acercaban á toda prisa, con dirección á la zanja, centenares de canoas, cubiertas de guerreros, para apoderarse de los que trataban de ganar la orilla. Al ver al caudillo español, los mejicanos lanzaron terribles gritos de alegría. Era muy conocida de los aztecas su persona, y la esperanza de cogerle prisionero llenó de regocijo á los guerreros. La voz de «Malinche, Malinche,» resonó por todas partes, y pronto se vió rodeado de un crecido número de enemigos. Hernán Cortés, diestro en el manejo de la espada, se defendía bizarramente. El afán de los mejicanos era hacerle prisionero para presentar á su dios Huitzilopochtli una víctima notable: al hombre que había derribado las imágenes de todas las divinidades aztecas. Animados por este deseo, se arrojaron sobre él, hiriéndole en una pierna, logrando seis guerreros apoderarse de su persona. En vano, conservando su serenidad y sangre fría, se esforzaba en desprenderse de los que le tenían asido y le conducían hácia la orilla para llevarle en una canoa. Asido fuertemente de ambos brazos por los aztecas, se veía arrastrado al sitio en

que estaba la canoa. En aquellos momentos en que nada parecia que pudiera salvarle, se presentó Cristóbal de Olea, valiente soldado, notable en el ejército por su esfuerzo y bizarría. Era el mismo que en la batalla de Xochimilco le arrancó del poder de los aztecas, recibiendo tres heridas graves, ayudando al bravo tlaxcalteca que habia acudido el primero. Joven de veintiseis años, de ancha espalda, elevado pecho y de musculatura atlética, se lanzó en medio de los contrarios como un leon furioso, matando á estocadas á los que tenian asido á su general, aunque recibiendo muchas y graves heridas en su temeraria acometida. Pronto llegó en su auxilio otro soldado no menos notable por su esfuerzo, llamado Lerma, y ambos, acuchillando á los que aun rodeaban á Cortés, lograron salvarle. El heróico Cristóbal de Olea logró arrancar á su general de las manos de los aztecas; pero él cayó muerto á su lado, dando su vida por la de su querido jefe (1). La noticia de la crítica situacion en que se hallaba el general, habia llegado entre tanto á las filas de los que continuaban la retirada. Inmediatamente corrieron al sitio del peligro, el capitan de su guardia Antonio de Quiñones, con sus soldados, el general texcocano D. Carlos

(1) «Me dió la vida; é por dármele, como valiente hombre, perdió allí la suya.» (Tercera carta de Cortés). Hablando del mismo hecho, Bernal Diaz ensalza el valor del heróico soldado, diciendo: «En aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decia Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja... y desde allí le vió asido de tantos indios, peleó luego tan bravosamente, que mató á estocadas cuatro de aquellos capitanes que tenian engarrado á Cortés, y tambien le ayudó otro muy valiente soldado que se decia Lerma, y les hicieron que dejasen á Cortés, y por le defender allí perdió la vida el Olea.»

Ixtlilxochitl y un jefe tlaxcalteca llamado Tecamatzin.

Acometidos los aztecas con furia espantosa por los nuevos combatientes, se vieron precisados á retraerse á sus canoas, abandonando la presa que habian juzgado segura; pero sin renunciar á apoderarse de nuevo de ella. Unidos á otros muchos guerreros que llegaban en aquel instante en canoas para apoderarse de los españoles y aliados, que aun no acababan de pasar la ancha zanja y se arrojaban al agua, renovaron el combate, lanzando una lluvia de flechas sobre el caudillo castellano y los que le acompañaban.

Hernan Cortés, deseando impedir que cayesen en poder de los aztecas los castellanos que aun no pasaban el foso, se detuvo en el sitio del peligro para protegerles. Viendo el capitan de su guardia Antonio de Quiñones, que permanecer mas tiempo allí, era detenerse á esperar una muerte segura, le advirtió que sería prudente que se retirase, pues los enemigos se extendian por una y otra parte para cerrarles la retaguardia. El jefe castellano no podia resignarse á dejar en el peligro á sus compatriotas. «Señor, le dijo entonces el valiente oficial, vuestra vida es importante para todo el ejército: sin vos la ruina de él sería segura; marchemos, por lo mismo, de aquí, que antes que la existencia de unos cuantos, es la de toda la division.» Aun se resistia Cortés á abandonar á sus desgraciados compañeros que veia lanzarse al agua del otro lado del puente. Entonces el noble capitan le tomó del brazo para que diese vuelta y se retirase. Hernan Cortés, comprendiendo la razon del bravo oficial de su guardia, emprendió la retirada, aunque, como él dice, «preferia en